



GANIVET Y YO

Salamanca, mayo de 1908

Decía mi paisano Trueba que si tan a menudo hablaba de sí mismo era por ser el hombre que hablaba más a mano para ejemplarizar sus asertos de aplicación general al linaje humano. Y lo mismo digo yo. No es lo malo hablar de sí mismo sino que lo malo es hacerlo sin darle carácter de generalidad, y a poder ser de universalidad. Y de esto os hablaré más despacio cuando os explique como, a mi entender, el llamado hoy egotismo -eso que me atribuyen, con Maeztu a la cabeza, muchos- es lo contrario de egoísmo y aca-

so el me-

por remedio contra éste. Y despachado el exordio, entro en materia.

El doctor don Carlos Malagarriga ha terminado el buen acuerdo de coleccionar en un volumen que titula «Prosa Muerta» sus escritos volantes, publicados en diarios, sobre cuestiones políticas y de propaganda republicana, con algunos más literarios. Entre éstos hay uno, muy interesante, escrito en 1904, y que titula «La obra de Ganivet».

En él se dice, entre otras cosas, que si Angel Ganivet no hubiese puesto término a su vida, poco antes de la catástrofe española del 98, los de la nueva generación, desde Unamuno a Canals, de Maeztu a Palomero, de Martínez Ruiz a Ricardo Tuente, de Llanas Aguilaniedo a Manuel Bueno, de Navarro Ledesma a Grandmontagne, sin contar a los Ramón y Cajal, los Blasco, los Maragall, los Joaquín Costa, todos los que abominan de los vetustos convencionalismos que nos trajeron al estado presente, hubieran hecho una tan brillante irrupción en la vida pública de España, que todo se lo hubiesen llevado por delante, etc. Y luego añade que todos, los citados y muchos más, sin saberlo o queriéndolo, derivamos espiritualmente de Ganivet.

Permítame el señor Malagarriga que con todo respeto a él y todo respeto a la sagrada memoria de Angel Ganivet, que fué muy mi amigo, le contradiga. Es cuestión cronológica; por lo que á mi hace, no puedo derivar espiritualmente de Ganivet, porque no ya cuando él empezó á escribir sino cuando le conocí personalmente, antes que hubiese escrito cosa alguna, había ya yo publicado dos de mis obras, en las que está en germen casi todo mi pensamiento ulterior.

Eso de llamar á Ganivet precursor, como hacen muchos, implica un error de perspectiva, y es que en literatura suele aparecer anterior, no el que nace antes, sino el que antes muere. Y aunque Ganivet murió, por desgracia acaso para España, y quién sabe si por fortuna para su nombre, antes que yo, que todavía estoy vivo, nació después que yo y mucho después que yo empezó á darse á conocer al público.

Cuando en cierta ocasión me hizo notar maliciosamente un sujeto ciertas que él creía íntimas concomitancias entre el «Idearium español» de Ganivet y mis ensayos, «En torno al casticismo», hubo de contestarle que sin discutir su existencia me limitaba á hacerle observar que cuando Ganivet se puso á escribir su libro se habían ya publicado en «La España Moderna» esos mis ensayos que luego recogí en un volumen. Y en ellos están las más de las ideas madres que luego he venido desarrollando.

El caso de Ganivet es uno de los casos más dignos de estudio, prescindiendo del grandísimo valor intrínseco de su obra.

El señor Malagarriga, que acaso no conoció á Ganivet, estima que esto habría servido de invisible lazo de unión entre muchos de los que hoy andamos desperdigados. Pero yo, que conocí y traté á Ganivet y mantuve con él correspondencia, he de decirle que no lo creo. Y no lo creo entre otras cosas—no sé si el señor Malagarriga se sorprenderá ó no de lo que voy á decir—porque Ganivet llevaba dentro un reaccionario. Y á corroborar y acrecentar este reaccionario contribuía su amigo y luego de él muerto, administrador de su gloria Navarro Ledesma, que fué siempre reaccionario de lo más sutil.

Mucho, muchísimo de la fama de Ganivet se ha debido á su muerte, sin que esto quiera decir que ella no sea merecida. De haber vivido aquel hombre ¿no hubieran acaso hecho con él lo mismo que con otros mientras ellos vivieron han hecho?

Y aun diré más, porque puesto á decir lo que siento no me gusta quedarme á la mitad dejando amargos para que los maliciosos ejerciten su malicia, y es que alguna parte de los elogios, por otra parte muy merecidos, que á Ganivet se han dirigido, iban contra mí. Porque en España muchas veces en que se elogia á uno, y se le elogia debidamente y con justicia, cabe, sin embargo, preguntar: «¿y además contra quién va ese elogio?»

Me propongo escribir algún día sobre algunos hombres á quienes conocí y traté, sobre quienes llamé alguna vez la atención antes que otros lo hicieran, y que muertos ya—y como muertos á nadie estorban—han cobrado fama. Entre ellos está Ganivet; entre ellos está también Gabriel y Gallán.

Conoció á Ganivet en mayo de 1891, en Madrid, cuando fué á hacer las oposiciones de la cátedra que hoy desempeña y él á hacer oposiciones á una cátedra de igual asignatura. El tribunal era el mismo y los ejercicios habían de hacerse unos tras de otros. Yo había firmado la solicitud para las dos cátedras, la de aquí y la de Granada. Ganivet solo para la de Granada.





Propontame yo opositar á las dos, pero así que me vi con esta cátedra, renuncié á la otra. Ganivet asistió á todos mis ejercicios y yo luego asistí á los suyos. Y por cierto no llevé la cátedra, y no la llevé porque aunque superaba con mucho en inteligencia á sus contendientes, había entre éstos quien sabía mucho más griego que él y mejor sabido.

Y este es un particular muy característico de aquel hombre extraordinario. Y es que nunca se cuidó de aprender bien las cosas. Sus libros están tan llenos de arbitrariedades y afirmaciones gratuitas como de rasgos geniales. Sus conocimientos de cosas concretas eran atropellados y confusos. El «Idearium» empieza con una confusión entre el dogma católico de la virginidad de María y el dogma, también católico, de su purísima concepción. Lo cual en un hombre nacido y criado en un país católico es una equivocación garrafal. Y así muchas. El mismo «Idearium» contiene consideraciones históricas completamente infundadas y arbitrarias. Y no de una arbitrariedad consciente ó pasional, sino de una arbitrariedad fundada en desconocimiento de los hechos.

Tal es el lado llaco de la obra ganivetiana. Jactábase de no tomar nota cuando leía. Y de aquí que su labor, genialísima como es á ratos, repose en el ~~agua~~.

Y volviendo á mi relato, os diré que todas las tardes, en aquellos meses de mayo y junio de 1891, nos íbamos Ganivet y yo á tomar sendos helados á una hortachatería de la Carrera de San Jerónimo y luego á dar un paseo por el Retiro. A Ganivet, que parece fué de niño y de mozo silencioso, no se le había roto aún la lengua; á mí, que también fui silencioso de niño y de mozo, se me había suelto ya. Así que por lo general yo hablaba y él oía, hacéndonos observaciones de cuando en cuando.

Nos separamos para no volver á vernos. Pasaron tres ó cuatro años sin saber yo de él hasta que leí en «El Defensor de Granada» unos artículos suyos, escritos desde Gante, donde estaba de cónsul de España; le recordé y nos pusimos en relación de correspondencia epistolar. Y así seguimos, cuando él pasó á Helsingfors y por último á Riga, donde puso fin á sus días.

Por cierto, estando él en Finlandia (en Helsingfors) le escribí que me proponía aprender el noruego (ó danés) como luego, en efecto, lo aprendí, y me contestó diciéndome que no debía aprender el noruego sino el sueco, y me enviaba al efecto un librito sueco—una monografía sobre Luis Vives—aconsejándome que lo fuese leyendo sin diccionario y anotando las palabras que fuese sacando por su analogía con el alemán y el inglés, que él ya sabía como lo sabía yo.

Vuelva usted á leerlo otra vez, venía á decirme, y en la segunda lectura sacaré, por el contexto, algunas palabras más; lo lee de nuevo por tercera vez y serán más esas palabras, y á las diez, doce ó veinte veces que haya usted leído así cuatro ó cinco obras, podrá decir que sabe sueco.

Claro está que yo no seguí su consejo, por original que me pareciese, sino que renunciando á aprender sueco, me volví al danés (ó noruego, pues es la misma lengua), compré las obras de Kierkegaard—por quien principalmente quería aprender el tal idioma—algunas de Ibsen y alguna

más de Brandes y con un modestísimo diccionario, ayudado de mis conocimientos del alemán y el inglés, me puse á traducirlos. Y hoy puedo leer en su original á Ibsen, á Bjørson, á Brandes, á Oehlenschläger, á He, pero sobre todo á Kierkegaard, que es el que sobre todos ellos me importa y cuyo conocimiento directo me compensa del esfuerzo que en aprender su lengua empleara.

El tal consejo de Ganivet de cómo había de aprender el sueco y su empeño de que no estudiase yo lo que me proponía estudiar sino otra cosa cualquiera que él estimaba debía yo aprender, es una prueba más de cuán peligroso sería habería sido para quien hubiera seguido sus consejos.

De Wordsworth se ha dicho—no diré ahora si me parece que con exactitud ó sin ella—que fue un genio sin talento, y una frase análoga podría aplicarse á Ganivet. Su genialidad fué una genialidad desnuda y en cierto modo al aire. De aquí en gran parte el encanto que produce y de aquí el peligro que sus obras entrañan. Ganivet no llevaba dentro al zorro.

Porque aunque haya quienes rechacen el epíteto de «sabio», estimándolo ambiguo y en ocasiones nada apetecible—en España, por lo menos, es poco de desear que le llamen á uno con ese nombre—no dejan, si son razonables, de estudiar y aprender cuanto pueden. A mí, v. gr., me molestaba que me llamaran sabio y luego hasta ocurrían

muchas veces la ciencia que posea, mucha ó poca, pero no por eso dejó de estudiar y tomar notas y procurar fundamentar mis asertos.

Y cuando me pongo á soltar arbitrariedades, las doy como tales, sin pretender engañar á nadie. No me gusta hacer lo de Ganivet, aunque me guste aún menos lo de esos ridículos pedantes, secos de imaginación, que para apoyar cualquier cosa se creen obligados á citar cualquier tradista, que muchas veces no pasa de un vulgarizador, y que están robando á sus lectores con los lugares comunes de la ciencia «alcancesca», é imaginándose acaso que no los conocen los que de ellos prescinden.

Aquella pura y bravía genialidad de Ganivet estuvo operando á todo vapor y casi en el vacío. Era como una muela de molino que empieza á rodar vertiginosamente y sin trigo apenas bajo ella; se muele á sí misma. Ganivet produjo todas sus obras en un espacio de tiempo relativamente corto y las produjo atropelladamente. Hacen el efecto de colosales, y á trechos monstruosas improvisaciones. Son enormes bocetos.

Lo mejor de ellas, lo óptimo, es lo que tiene por contenido su experiencia personal, lo que vivió y aprendió en sus viajes y en su accidentada existencia. El valor íntimo del «Pío Cid» es el ser una autobiografía. Y es que Ganivet, aunque no se nombrara mucho, estuvo siempre hablando de sí mismo. Le pasó lo que á Byron. Y uno y otro murieron jóvenes, es decir, á tiempo. Porque un hombre, por complejo y rico que sea, se agota pronto y de vivir y escribir mucho se ve forzado á repetirse.

Goethe también hizo de su experiencia y de su vida propias materia de sus obras.

aire.





3-27

De aquéllas sacó á Werther, á Wilhelm Meister y á tantos otros, pero Goethe estudió constantemente y se nutrió de conocimientos.

Aparte de los motivos privados que llevaron á Ganivet á quitarse la vida, yo me he explicado siempre este suicidio por la índole misma de su manera de trabajar. No era posible que resistiese mucho tiempo aquel cerebro poderosísimo moliendo tan vertiginosamente y con tan poco trigo. Tenía que molerse á sí mismo.

Y así es como acabó trágicamente aquel hombre singularísimo, y lo trágico de su fin, envuelto en cierto misterio, contribuyó á cimentar su justa fama.

Pero ¿qué hubiera sido de él si no salo de España y sigue viviendo aquí? He aquí una pregunta más que ociosa absurda, me dirá alguien, y me conformaré.

Tal es parte de la verdad de lo que creo y sé respecto á Ganivet, de quien no podemos derivar espiritualmente, ni sabiéndolo ni sin saberlo, ni con voluntad ó sin ella, los que como yo habíamos publicado nuestras cosas características, y de las que arranca nuestra obra posterior, antes que él las suyas. Cuando di al público mi «En torno al casticismo» y mi «Paz en la Guerra», no sabía nada, absolutamente nada, del pensamiento de Ganivet, cuya rueda tampoco había empezado á rodar. Y he aquí por qué he rechazado siempre eso de la precursoría. Y lo mismo que á mí les sucederá á los más de aquéllos otros que el señor Malagarriga cita. Porque Ganivet no nació ni para el mundo ni para el público antes que los más de nosotros los citados, aunque para el mundo y para el público murió antes que nosotros.

De buena gana haría ahora algunas consideraciones sobre esto de la fama literaria en España y lo que para ella puede ante el público la acción del deplorable cotarro de los profesionales de las letras, pero ni quiero alargar más este artículo ni quiero, al amparo de la sagrada memoria de Ganivet, dejarme llevar á muy amargas reflexiones. De ello he de tratar extensamente algún día, sin que me haya de arredrar de hacerlo intodo ni respeto alguno á los maliciosos que puedan volver á echarme en cara soberbia ó petulancia. He dicho mil veces y repito ahora aquí la milésima primera más que nada odio más que la hipocresía. De todo podrá culpárseme menos de falsa modestia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USAL ES